

JENSEN, ANTHONY K., *Nietzsche's Philosophy of history*, New York: Cambridge University Press, 2013. 234 p. ISBN: 978-1-107-02732-9.

Con el libro de Anthony K. Jensen, joven profesor asociado del Providence College y editor asociado de *The Journal of Nietzsche Studies*, nos enfrentamos a una interpretación de la filosofía de la historia (o como la llama el autor, de la meta-historia) nietzscheana por parte de la tradición anglosajona. Para lectores acostumbrados a un Nietzsche más *latino* o incluso familiarizados con la forma de abordar al autor de *Aurora* en la academia alemana contemporánea, este texto puede resultar un tanto insólito pues, como suele ser el caso en la tradición anglosajona, el aspecto epistemológico es con mucha regularidad, el más estudiado y Jensen, precisamente, aborda la filosofía de la historia de Nietzsche poniendo de relieve los problemas epistemológicos que ésta presenta.

Gracias a ello el autor logra comunicar con éxito la filosofía de la historia nietzscheana con la tradición de la filosofía de la historia analítica para la cual, como es sabido, ha sido desde C. G. Hempel, de la mayor importancia explicar el tipo de relación entre los acontecimientos, así como sentar la validez de nuestro conocimiento histórico y determinar si la historia provee explicaciones científicas.

Precisamente la creación del puente entre Nietzsche y esta tradición, hace del texto de Jensen uno eminentemente nietzscheano ya que, como Nietzsche mismo sostendría en *Sobre la utilidad y los prejuicios de la historia para la vida*, la historia debe contribuir a la vida y el pasado debe encontrarse, actualizado, en relación activa con el presente.

Pero otro de los rasgos característicos del texto es al mismo tiempo el hecho de que, contrariamente a la atención casi exclusiva del aspecto epistemológico en la filosofía anglosajona - atención exclusiva que corroboraría el diagnóstico nietzscheano sobre la falta de sentido histórico de los psicólogos ingleses (lo cual, mediante un tropo a penas hiperbólico podría extenderse hacia la mayoría de los filósofos anglosajones)-, Jensen no sólo se ocupa de dicho aspecto, sino que da prueba de un virtuoso sentido histórico.

Dicho sentido histórico y su valiosa erudición, le permiten presentar un cuadro bastante completo del contexto de la filología del siglo XIX, lo que, a su vez, le permite colocar a Nietzsche en contexto e interpretar los cambios que se operaron en la meta-historia o filosofía de la historia nietzscheana, desde ese periodo eminentemente filológico hasta el *nacimiento de la tragedia* (cap. 1. Philological centaurus y 2. Early meta-history and context).

Por si su sentido histórico no estuviese ya plenamente avalado por sus análisis de contexto, que no se limitan al periodo filológico sino que también incluyen el contexto del historicismo decimonónico (cap. 3. Aesthetic intuition and the history of Tragedy y cap. 4. History and historians), Jensen extiende dicho sentido histórico a nuestro presente (cap. 5. Positivism and Perspectivism, 6. Autobiography as history y el Epílogo) logrando, en una discusión de gran aliento, presentarnos al filósofo alemán en acuerdo o en franco desacuerdo con los filósofos de la historia de la tradición insular y norteamericana.

Regresándolo a su época, las tesis nietzscheanas situadas dentro de la discusión filológica del siglo XIX nos revela a un Nietzsche perfectamente enterado de la disputa entre la *Sprach* y la *Sachphilologie* (filología crítica y la filología hermenéutica respectivamente), así como la postura del Nietzsche académico, el cual, como su mentor Friedrich Ritschl, comparte y practica métodos de ambas filologías en disputa. En este sentido para Nietzsche una filología empírica y una filología hermenéutica no están divorciadas. Ello es, por otro lado, evidente cuando en el primer capítulo Jensen muestra el carácter sincrético de los estudios filológicos de Nietzsche, y explica el comentario

del propio Ritschl, quien afirma que Nietzsche, es un filólogo del lenguaje con tendencias especulativas (cf. p. 27).

Jensen desmantela la opinión, muy generalizada dentro de los estudios sobre la época filológica de Nietzsche, según la cual Ritschl hubiera sido un *Sprachphilologe* a ultranza. Mediante un seguimiento minucioso de los vaivenes de esta discusión, el autor pone en evidencia que las fronteras entre las filologías en disputa no eran definitivas, al menos no para los maestros más admirados por Nietzsche, a saber, el propio Ritschl y Otto Jahn.

La disputa posterior, analizada en los capítulos 4. y 5., entre el historicismo científico y el historicismo de corte especulativo en la que Nietzsche también será justificadamente emplazado, se vuelve análoga a la problemática del capítulo 2. Es en estos capítulos donde el estudio de Jensen opera el paso que va de la mera descripción histórica a la descontextualización histórica con fines históricos *útiles para la vida*, logrando presentarnos la meta historia nietzscheana dentro las discusiones entre la hermenéutica y la escuela neokantiana. En los mismos también introduce paulatinamente el panorama contemporáneo respecto a la filosofía de la historia e inaugura la discusión de Nietzsche con Collingwood y C. G. Hempel.

Pero antes de abundar en el lugar que ocupa Nietzsche dentro de las posturas contemporáneas, Jensen aborda otra tesis necesaria para la cartografía del pensamiento nietzscheano sobre la historia. La tesis del capítulo 3 propone de forma convincente, contra tesis anteriores que han descuidado el concepto de intuición estética, que Nietzsche habría retomado el concepto de intuición estética del concepto Schopenhaueriano de la intuición de las ideas. Esta tesis es fundamental para entender, según el autor, que en la redacción de *El nacimiento de la tragedia*, se operó un giro radical en el trayecto intelectual de Nietzsche, pues al adoptar la intuición estética como punto de vista a partir del cual considerar la historia, Nietzsche abandonó el realismo o mejor dicho, el empirismo practicado por la *Sprachphilologie*.

En el capítulo 4., Jensen desarrolla su tesis principal que consiste en atribuirle a Nietzsche una postura representacionalista anti-realista a partir de *Humano demasiado humano* hasta *Ecce Homo*. Jensen entiende por ello la imposibilidad de considerar, dentro de la meta-historia nietzscheana, la objetividad como un criterio operante.

Pero a pesar de mostrar que Nietzsche rechaza la idea de objetividad basada en la independencia del objeto respecto del sujeto que estudia el pasado, Jensen no excluye la posibilidad de atribuirle al autor del *Zarathustra* un supuesto objetivista subyacente a su filosofía de la historia. Sin embargo dicho supuesto objetivista no me parece ser acertadamente descrito. La objetividad nietzscheana es interpretada por Jensen como una “noción relacional” en donde “el carácter distorsionante de los componentes afectivos de los juicios se neutralizan en medio de esos juicios que comparten un conjunto similar de afectos” (p. 128). Esta afirmación aparece como la interpretación de la siguiente afirmación de Nietzsche: “Existe únicamente un conocer perspectivista; y cuanto mayor sea el número de afectos a los que permitamos decir su palabra sobre una cosa, cuanto mayor sea el número de ojos, de ojos distintos que sepamos emplear para ver una misma cosa, tanto más completa será nuestra “objetividad”.¹

Considero que Jensen se atreve a una interpretación excesivamente conciliante, pues impone a esa reunión de perspectivas o a esa totalidad provisional de perspectivas, una neutralidad injustificada, pero dicha neutralidad no se observa implicada ni la cita ni en la filosofía nietzscheana en general. De hecho, Nietzsche menciona líneas antes del párrafo citado, que la objetividad tiene que ver con “utilizar en provecho del

¹ Nietzsche, Friedrich, *Genealogía de la Moral*, trad. Andrés Sánchez Pascual. Madrid: Alianza Editorial, 2002. III, 12, p. 155.

conocimiento cabalmente la *diversidad* de las perspectivas y de las interpretaciones nacidas de los afectos”².

Me parece que el autor es incapaz de dar cuenta de manera apropiada de la objetividad nietzscheana al imponerle a ésta un carácter armónico, en lugar de considerarla como una totalidad conflictiva o, en todo caso, no homogénea, de perspectivas diferentes que se mantienen como tales en la unidad provisional. Esta caracterización inapropiada de la objetividad nietzscheana le servirá al autor para argumentar en contra del supuesto carácter relativista de la filosofía de la historia nietzscheana, pero como podemos observar, su argumentación estará minada por esta suposición injustificada y errónea.

Según el autor, la definición “representacionalista anti-realista” de la filosofía de la historia de Nietzsche tiene que ver, además, con la incapacidad de la historia para corresponder al pasado. Según Jensen, Nietzsche le niega esta correspondencia a la historia como práctica, asumiendo las siguientes dos tesis: a) El pasado es demasiado complejo y la historia siempre abrevia (aquí el autor relaciona la teoría de la fantasía con la del historiador, relación muy similar a la que Wilhelm von Humboldt desarrolla en *Sobre la tarea del historiador*, y que no es puesta en evidencia por Jensen, a pesar de haber contrastado a Nietzsche con el fundador de la Universidad de Berlín), y b) La estructura narrativa- causal de los eventos descritos nunca existió.

En relación a esto último el autor intenta esclarecer en el capítulo 5. cómo las explicaciones históricas de Nietzsche son precisamente eso y no meras narraciones ficcionales. Jensen sostiene que Nietzsche no es un excelente contador de historias sino un filósofo de la historia (cf. p. 155) que ofrece *explicaciones* perspectivistas. El argumento consiste en presentar a Nietzsche como un filósofo que ofrece explicaciones históricas teniendo en vistas simultáneamente el carácter procesual de la realidad así como la situación temporal de una explicación histórica. Así, el autor le atribuye a *La Genealogía de la Moral* el carácter de escrito no ficticio sino representacionalista anti-realista, con intenciones de convencer, y no de demostrar científicamente. En otras palabras, la explicación que ofrece Nietzsche en sus incursiones históricas no pretende ser una prueba deducida lógicamente sino, como el autor menciona, una expresión de lo que los impulsos constitutivos de la subjetividad del historiador están dispuestos a aceptar (cf. p. 152). Esta descripción de la tarea del historiador según el modelo nietzscheano abarca también lo que Jensen sostiene que Nietzsche lleva a cabo en su autobiografía intelectual, descrita en *Ecce Homo* (capítulo 6.). La historia del yo así como la historia de los valores tienen la misma estructura teórica: el pasado es inaprehensible y por ello se tiene que recurrir, para representarlo, a juicios históricos siempre perspectivistas y a la capacidad de convencimiento del historiador.

Hay que precisar que en el texto de Jensen la ausencia de un tratamiento sobre el concepto de tiempo y, en particular, del pasado constituye una gran carencia. La falta de una discusión al respecto sorprende aún más dado que, a pesar de que en su estudio discute casi exclusivamente con comentaristas anglosajones de la filosofía de Nietzsche, Jensen ignora completamente tanto a Claudia Crawford como a Keith Ansell Pearson, quienes abordaron con detalle la cuestión del tiempo.

Dicha ausencia de discusión confiere un halo de incompletud y de injustificada incontestabilidad a la afirmación aparentemente incontrovertible de que para Nietzsche el pasado “existe”. Como ya mencioné, Jensen afirma que Nietzsche sostiene una postura anti-realista con respecto a la representación histórica pero también sostiene que Nietzsche es un realista ontológico (cf. p. 144), lo cual quiere decir que los eventos realmente existen en el mundo, independientes del historiador, pero éste se encuentra

² Ibid. p. 154.

“sin suficientes condiciones de verificabilidad disponibles para saber si esos juicios sobre ellos [cosas, personas, eventos] son verdaderos...” (nota 113, p. 144).

Esta caracterización le es útil para relacionar a Nietzsche con Frank Ankersmit, uno de los máximos exponentes de la tesis del relativismo epistemológico contemporáneo, y para confrontarse a tesis de la filosofía de la historia llamada postmoderna, defendidas por autores como Hayden White o Keith Jenkins, en donde se pone de relieve el carácter relativo de nuestro conocimiento histórico. Jensen acota en los últimos capítulos que si bien esta corriente es, en efecto, heredera del perspectivismo Nietzscheano, no le rinde justicia a las distinciones de grado y al criterio de valor (la vida) para juzgar una perspectiva histórica mejor que otra.

Sin embargo, para retomar la cuestión del pasado y del realismo ontológico que Jensen le atribuye a Nietzsche, es necesario decir que afirmar que el pasado exista equivale a afirmar que el tiempo cronológico no es puesto en cuestión por Nietzsche. Pero acaso el tiempo cronológico ¿no implica la causalidad, y la causalidad, no es, por cierto, criticada por Nietzsche como una construcción por parte de nuestra consciencia y los impulsos que la constituyen? ¿Puede realmente afirmarse de forma incontrovertible que Nietzsche no niega el pasado? Además, el carácter creativo y verdadero – en la acepción nietzscheana- de la historia ¿no pierde su sentido si se le contrapone en permanencia un realismo ontológico del pasado? En otras palabras, mantener como incontrovertible la realidad del pasado y la imposibilidad de conocerlo es atribuirle a Nietzsche lo que en la *Genealogía de la Moral* él mismo llama el *autoescarnio ascético* de la razón, que reza así: “*existe un reino de la verdad y del ser, pero ¡justo la razón está excluida de él! ...*”³.

Zaida Olvera
Universidad Nacional Autónoma de México

³ Ibid, p. 154.